

Movimientos sociales e identidades colectivas en los noventa. Un modelo para armar

Pablo Gonzalez Casanova y Daniel Cazés (coords.), *Movimientos sociales e identidades colectivas. México en la década de los noventa*, Colección La democracia en México, La Jornada Ediciones y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM, 1997, 244 pp.

Para la niña. Ella sabe por qué

AL ENFRENTAR EL PANORAMA EN EL que se desenvuelve la sociedad mexicana en los años noventa, parece uno asistir a un gran montaje en el cual las escenas se suceden en una secuencia intermitente e interminable. En esta película, los escenarios de la acción social parecen multiplicarse tanto en nuevas articulaciones espacio-temporales como en nuevos significados de las prácticas sociales y políticas. El año de 1994 marca el clímax de esta historia. El zapatismo, desde el comienzo, nos introdujo a la reactivación de subjetividades sociales que se creía en reflujó, debido en gran parte a los propios ritmos de la consolidación del cardenismo como una opción social y política, así como a la propia dinámica a la que los “tiempos” político-electorales someten a las expresiones de participación social en coyunturas electorales. Después, el espectáculo de las disputas en el seno del poder, esta vez sobrepasando los rituales mismos de la sucesión presidencial, nos hicieron pensar en una fractura en el interior de lo que llamamos “clase gobernante”. Más tarde, el debate televisado, las teorías de los choques de trenes, los grupos San Ángel y los grupos sin ángel que se popularizaron nos hicieron patente la ficción de una sociedad movilizadora y autónoma que esta vez no iba a dejar que se “cayera el sistema”. Luego la decepción, la certeza de que nada había cambiado, la incapacidad de explicar los resultados electorales.

Finalmente, el año terminó con un asesinato político más y con la crisis del modelo que nos había reinventado como sociedad en sólo un sexenio. La lección más grande que las paradojas de la tragicomedia neoliberal de 1994 nos dejaron es que lo más antisistémico resulta ser lo que está en el centro de la definición del modelo neoliberal: lo que no pudieron lograr ni el zapatismo ni las multitudinarias protestas cotidianas, lo consiguió la decisión del hasta entonces secretario de Hacienda, Serra Puche, de “ampliar la banda de flotación paritaria entre el peso y el dólar”. La otra lección que 1994 nos deja en términos de la acción colectiva es que, a pesar de las multitudinarias movilizaciones en contra de la guerra y de la efervescencia preelectoral, la lógica de la política se autonomiza de las acciones colectivas y hasta cierto punto las coloniza.

Éste es uno de los ejes que recorren el libro *Movimientos sociales e identidades colectivas. México en la década de los noventa*. La tesis que subyace a la mayoría de los ejemplos desarrollados ahí y que Sergio Zermeño plantea en el epílogo, siguiendo los parámetros de su texto anterior *La sociedad derrotada*, es la siguiente: nos enfrentamos a una “ley de hierro de la mexicanidad” que se manifiesta en una doble lógica de enfrentamiento tanto de las organizaciones sociales como del gobierno y sus aparatos de dominación. En vez de orientarse a la consolidación de las identidades construidas, las organizaciones sociales independientes se guían por una estrategia de confrontación —que a menudo Zermeño denomina como “suicida”— con el gobierno, que a su vez se propone dismantelar esas identidades colectivas, cooptando a sus liderazgos, obstruyendo sus proyectos o simplemente combatiéndolos directa y violentamente.

Los otros dos ejes que, a mi juicio, estructuran los nueve ejemplos desarrollados en el libro, son: 1) el análisis de las consecuencias, en términos de acciones colectivas, de la modernización en el campo, y 2) los cambios en la estructura de la producción; el establecimiento de nuevas intermediaciones sociales en el terreno de las organizaciones del trabajo y su impacto en las formas de participación en el seno de los sindicatos.

En el libro están presentes de manera implícita dos modelos teóricos desde los cuales se interpretan las experiencias de organización que configuran lo que podemos denominar el espectro de la acción colectiva en los noventa. El primer modelo, desarrollado por Sergio Zermeño, se articula en dos polos conceptuales: orden social y desorden colectivo. Frente al carácter desordenador de las políticas económicas, el concepto de movimientos sociales recupera su naturaleza ordenadora de la dispersión social. Si en su libro anterior, *La sociedad derrotada*, Zermeño terminaba poniendo en duda los potenciales ordenadores y transformadores de la acción colectiva ante los dispositivos del desordenamiento social impulsados desde el Estado, en la coordinación de este libro se percibe la búsqueda de aquellos ejemplos que, anclados sobre la base de lo territorial, representen experiencias exitosas de articulación de proyectos, estrategias e identidades y que mantengan consistencia temporal. Más que buscar la excepción que pueda confirmar una tesis previa, se tiene en mente más bien narrar ejemplos que puedan ser copiados, que puedan ser repetidos a lo largo y ancho del país, con la no del todo confesada utopía de una transformación desde lo social de una “matriz de cultura estatalista” que parece estar dominando la acción social en nuestro país.

El otro modelo desde el cual se está pensando la acción colectiva está desarrollado en el ensayo de Alberto Olvera, Cristina Millán y Odile Hoffmann, incluido en el volumen. Desde la perspectiva de Olvera, Millán y Hoffmann, la fragmentación identitaria en las organizaciones cafecultoras del estado de Veracruz es resultado de un doble proceso: de un lado, es producto de un proceso más amplio de diferenciación funcional en el seno de las instituciones organizadoras de los sectores cafetaleros desde el Estado, con el resultado de cambios en las formas de control e intermediación social, y en el mercado. Por el otro lado, los mundos de la vida

rurales, es decir, los contextos socioculturales compartidos sobre los que se construyen las identidades colectivas se vuelven más complejos en la medida en que se producen nuevas articulaciones espacio-temporales, redefiniendo las formas tradicionales de integración y de respuesta ante los cambios en el entorno económico y estatal. Desde la dimensión sistémica está la redefinición del ejido, de las formas corporativas de control y de la vinculación con el mercado nacional e internacional del café, y desde la perspectiva de los actores se encuentran la fragmentación de las imágenes e instituciones sociales generadoras de sentido; la transformación de los espacios-tiempos donde tiene lugar la acción social y la redefinición de los mecanismos sociales de integración. Desde esta perspectiva, la fragmentación identitaria más que ser resultado de la deconstrucción llevada a cabo desde el poder (administrativo) es producto de los cambios en los entornos sistémicos y socioculturales (mundos de la vida habermasianos) en los cuales los agentes se mueven.

Dicho de otra manera, mientras en la propuesta de Zermeño, la fragmentación identitaria es producto del tipo particular de modernización (neoliberal dependiente, la llama) que se desarrolló en los últimos años, sobre la base de la fracturación de los actores sociales que sostenían el orden social previo (empresariado medio, movimientos independientes, organizaciones intermedias, etc.), en Olvera, Millán y Hoffmann, es producto de los cambios estructurales que operan tanto en el terreno estatal y económico como en los ámbitos socioculturales de la vida.

Para Zermeño, la fragmentación identitaria es la manifestación más clara del desorden social y la anomia. Para Olvera, Millán y Hoffmann, la fragmentación identitaria no necesariamente es producto del desorden y sí es parte de un reacomodo de fuerzas, de un reordenamiento, o para decirlo mejor, de la creación de nuevos órdenes locales y de nuevos sentidos para la acción.

Los nueve trabajos desarrollados pueden ser leídos a la luz de estos dos modelos. Cada uno de ellos alumbró un aspecto que el otro no abarca. Ambos son formas de organizar el conjunto de lecturas que constituyen este fresco del espectáculo de la acción social en su desenvolvimiento. Me gustaría proponer una lectura de los textos desde la perspectiva de las dos trincheras.

Desde la perspectiva desarrollada por Zermeño, los textos se articulan de la siguiente manera:

a) Aquellos que sitúan el problema en términos de experiencias locales exitosas que pueden ser ejemplos de desarrollo de polos regionales de la acción colectiva, susceptibles de ser generalizados a nivel nacional (los ensayos sobre el navismo en San Luis Potosí de Wil Pansters, el Comité de Defensa Popular de Durango de Paul Haber y Asamblea de Barrios de Kenneth Greene). Aquí, dicha perspectiva se centra en recuperar la dimensión innovadora de esos actores sociales, aunque también señala los riesgos de la colonización de las identidades sociales por parte de los actores políticos (sean los partidos o el gobierno).

b) Los ejemplos de la deconstrucción de las identidades territorialmente localizadas llevada a cabo por el Estado neoliberal. En este tenor están los trabajos de Julio Moguel sobre las paradojas que el reordenamiento jurídico institucional del mode-

lo de desarrollo para el campo genera entre los distintos ámbitos regionales del país, el análisis de las consecuencias que las reformas al artículo 27 constitucional en la estructura del conflicto y en los espacios públicos, lo que explica, al menos en parte, la emergencia del zapatismo de Neil Harvey y el trabajo de Alberto Olvera, Cristina Millán y Odile Hoffmann en torno a la crisis identitaria en las organizaciones campesinas cafetaleras en Veracruz.

c) Finalmente, están los últimos tres trabajos en torno a los efectos de la desorganización neoliberal en el terreno de la acción sindical. El análisis de Luis Hernández Navarro sobre la evolución de las prácticas colectivas en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, destaca las dificultades de los actores colectivos clásicos en su proceso de readecuación a las nuevas situaciones del entorno político y económico, y da cuenta de los conflictos internos del sindicato por la búsqueda de una nueva hegemonía entre las distintas corrientes que lo componen. El ensayo de Ilan Bizberg se concentra en los cambios en la estructura del trabajo llevada a cabo por la modernización neoliberal, y sus efectos en el terreno del sindicalismo. Finalmente, el trabajo de Yolanda Mondragón se concentra en estudiar la experiencia del Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana, en su proceso de readecuación a las nuevas condiciones de flexibilidad laboral y de productividad y analiza los cambios y continuidades en los liderazgos y las posibilidades de reformulación de las relaciones corporativas.

Desde el punto de vista del modelo sobre el que trabajan Olvera, Millán y Hoffmann, los textos se refieren a dos procesos:

a) De un lado están los ensayos que muestran los impactos que la diferenciación sistémica tiene para la acción colectiva en el terreno de la estructura del trabajo y de las formas de intermediación social. Aquí se encuentran los trabajos de Julio Moguel, Luis Hernández, Ilan Bizberg y Yolanda Mondragón.

b) En el segundo bloque se encuentran los casos de transformaciones en las percepciones de los actores sociales y en la transformación de su propio ámbito sociocultural de vida. Éste es el caso de los trabajos de Pansters, Haber, Harvey, Greene y los propios autores.

Frente a la visión del conflicto y del desorden, propuesta por el primer modelo en esta perspectiva, la modernización es entendida como un doble proceso de diferenciación sistémica y como racionalización social. La tesis que mantienen es la siguiente: así como las transformaciones en el terreno del trabajo, en el mercado y en las intermediaciones sociales tienen efectos deconstructores de la acción colectiva, también es cierto que abren la puerta a nuevas formas de inserción en nuevos espacios institucionales y nuevos arreglos sociopolíticos. Esta perspectiva señala la importancia de ver en estos trabajos reseñados, los síntomas del germen de un fenómeno más amplio de transformación de las formas y significados de la acción colectiva.

Veamos qué nos dicen ambas lecturas en torno a los tres ejes antes sugeridos:

1. En el eje de la relación entre identidades sociales y actores políticos, el primer modelo subrayaría la dimensión del conflicto. Para Zermeño, el principal riesgo

que corren los actores sociales es el de su colonización por parte de las instituciones políticas y los partidos. Alberto Olvera *et al.* sugieren la idea de que las transformaciones producidas por la modernización crean la posibilidad de nuevas formas de apropiación de los recursos simbólicos propios de la acción colectiva. El surgimiento de nuevos movimientos sociales y nuevas identidades en México en los noventa es resultado tanto de la crisis de las fuentes tradicionales de creación de sentido, como de la capacidad de nuevos agentes de articular nuevas formas de acción en contextos distintos.

En este eje, las tres experiencias principales son la de San Luis Potosí, la de Durango y la de la Asamblea de Barrios de la ciudad de México.

Desde la lectura del modelo de Olvera *et al.*, la principal aportación de estos tres ejemplos es que la identidad está directamente vinculada con el éxito en el desempeño de los actores en la consecución de los fines de la organización, pero que no basta con ello.

El caso del navismo en San Luis Potosí representa una de las experiencias más consistentes en el terreno de la participación política ciudadana en contra del autoritarismo caciquil en sus sucesivas versiones y en contra del centralismo verticalista. Sin embargo, su propio proceso de constitución desde 1938 hasta la fecha no ha estado carente de contradicciones y paradojas. Entre las primeras, Pansters señala con razón, la articulación del movimiento alrededor del liderazgo político y moral del médico Salvador Nava, lo cual fijaba al mismo tiempo sus propios límites, en la medida en que el movimiento no ha podido trascender el peso de ese liderazgo. En cuanto a las segundas, se señala, desde luego la tormentosa relación del movimiento con los partidos políticos. No deja de ser paradójico que un movimiento que ha pugnado desde el principio por la consolidación de una forma ciudadana de política y por el fortalecimiento y la consolidación de un sistema de partidos, tienda a ser visto como un enemigo por sus potenciales aliados, los partidos políticos de oposición.

El CDP de Durango representa, quizá junto con la Coalición Obrero Campesina del Istmo (COCEI) de Juchitán, el ejemplo más exitoso de articulación de la triple experiencia de ser movimiento social independiente con fuerte arraigo local, la de ser gobierno-con-continuidad en el poder y la de constituir un partido político con proyección nacional. Paul Haber narra esta experiencia y muestra de manera convincente cómo un movimiento independiente pudo negociar directamente con el gobierno salinista, convertirse en gestor de uno de los experimentos más importantes (y exitosos habría que decir) del salinismo; ser gobierno municipal con éxito y desarrollar un experimento político-partidista que poco a poco se ha ido consolidando a nivel nacional, sin romper con los lazos territoriales que lo definen y le dan fuerza. Si bien Haber no pone mucha atención a las consecuencias en la dimensión identitaria de estos procesos, sostiene que éstas se redefinieron fundamentalmente en el terreno político.

Finalmente, la experiencia de la Asamblea de Barrios muestra que las vicisitudes del "éxito" en la negociación y gestión de proyectos independientes se manifiestan

en una mayor complejidad interna de la organización y en problemas de integración y cohesión interna. La Asamblea de Barrios fue sumamente exitosa en la innovación de repertorios de movilización, protesta y negociación, pero no lo ha sido tanto en la articulación de las experiencias de participación político-partidaria en el FDN, primero, y en el PRD, después. La fragmentación identitaria en Asamblea de Barrios es consecuencia, nos dice Greene, fundamentalmente de esta incapacidad de mantener la cohesión interna frente a los cambios en el entorno socio-político y en el entorno organizativo dentro de la propia organización.

Aquí es donde la perspectiva de Zermeño nos alerta con respecto a una evaluación puramente optimista de estas experiencias. Se trata de poder destacar el riesgo de colonización de las identidades colectivas por parte de los actores sociales. Si bien se rescata la permanencia temporal del navismo, también pone el acento en el elevado costo político que ha significado la incapacidad de institucionalizar, más que un movimiento, una nueva forma de participación política. La crisis del navismo después de la muerte de Salvador Nava nos alerta sobre la fragilidad de las identidades sociales, cuando no se avanza en el terreno de la innovación de los repertorios de acción y en los proyectos. Para lograr una consistencia como actor social, no basta con tener una capacidad de resistencia ni una identidad construida, es necesario contar con un proyecto político-social viable. Este proyecto parece ser la definición del CDP de Durango. La transición entre movimiento opositor y gobierno parece haberse hecho resolviendo las tradicionales tensiones a que se ven sometidos los actores sociales. Sin embargo, parece que el costo de su permanencia como movimiento y gobierno, de manera simultánea ha sido una paulatina burocratización del actor social. Además, la negociación con el gobierno de Salinas fue en parte lo que le dio la fuerza que tuvo en el sexenio de Solidaridad. Con el descrédito de Salinas, la situación es muy distinta para el CDP, aunque ha podido sortear más o menos el temporal. Finalmente, la Asamblea de Barrios es el ejemplo más claro de las consecuencias que tiene para la organización su partidización. Zermeño llama constantemente la atención sobre esta tendencia de los movimientos sociales exitosos a querer penetrar directamente en las esferas político-partidarias. La experiencia que la relación entre la Asamblea de Barrios y el PRD nos deja es que existe una frontera irreductible entre la lógica político electoral y la de los movimientos sociales. Cuando no se tiene bien clara esa diferencia, ocurre un proceso de colonización de la identidad colectiva por parte de la estructura partidaria. Además de la complejidad interna de la organización, como dice Greene, la fractura y posterior división de la Asamblea de Barrios se debió a que una parte de ella, al menos los liderazgos fundadores, entró en contradicción con los intereses de otros sectores de la organización, puesto que sacrificó las necesidades propias de la misma en favor de la construcción del partido.

2. En el segundo eje también se manifiestan las distintas miradas que pueden realizarse desde los dos modelos. Para el primero, es decir, para el desarrollado por Zermeño, el campo es el lugar donde más se han dejado sentir las consecuencias desordenadoras de la modernización (o desmodernización habría que decir, per-

donando el juego de palabras). Para el segundo, el planteado por Olvera, Millán y Hoffmann, si bien es cierto que las consecuencias de la modernización y la crisis en el campo han sido desordenadoras, también se observan movimientos en germen que constituyen avances en términos de procesos de aprendizaje práctico-colectivo.

Visto desde esta perspectiva, el ensayo de Julio Moguel nos alerta sobre las consecuencias que la transformación estructural en el campo tiene, fundamentalmente en las formas de organización campesina: las uniones ejidales y las formas cooperativas. En este trabajo, Moguel sostiene que en los noventa, el panorama de la organización campesina presenta una paradoja: quienes han sido más afectadas por la crisis en el sector rural y por el cambio en las estrategias de desarrollo agropecuario han sido aquellas regiones que históricamente han observado un mayor desarrollo en términos capitalistas, mientras que en aquellas regiones mucho más atrasadas (zonas centro y sur del país) se ha observado una explosión de formas organizativas asociadas al cooperativismo. Sin embargo, nos advierte Moguel, esta paradoja es aparente, en tanto que lo que se pone en crisis es el modelo de capitalización en el campo, es decir, es una crisis de rentabilidad, y la emergencia de nuevas organizaciones en las zonas más atrasadas no está vinculada con la ampliación de potenciales de desarrollo y explotación del campo, sino más bien con las estrategias de sobrevivencia por parte de los campesinos, por un lado, y con la lucha en contra de los cacicazgos y los latifundios, por el otro.

Es precisamente en este punto que arranca el documento presentado por Neil Harvey sobre el impacto de las reformas al artículo 27 constitucional en el proceso de activación de las organizaciones indígenas y campesinas y en el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). El objetivo explícito de este trabajo es mostrar cómo la conjunción entre las reformas constitucionales, la permanencia de una estructura económica y social del mayor atraso y una visión del Estado completamente patrimonialista fueron los factores locales que permiten explicar el surgimiento del EZLN y el contenido de sus demandas. Desde la perspectiva desarrollada por Harvey, el punto nodal de la explicación lo constituye la existencia de una estructura autoritaria y vertical en las relaciones entre Estado y sociedad y el uso privado de los espacios y los recursos públicos, entendidos no sólo como esferas de deliberación común en la búsqueda de consensos (modelo normativo habermasiano), sino como el espacio institucional de la toma de decisiones. Esta tesis explica por qué el origen reciente del alzamiento zapatista se produce en un contexto de creciente polarización social (fundamentalmente en el conflicto entre latifundistas y sectores oligárquicos que monopolizaban la esfera pública en todas sus acepciones), al cual las reformas al 27 no hicieron más que agudizar. Con esta idea, Harvey discute, implícitamente, dos lugares comunes en torno al surgimiento del movimiento zapatista: aquel que pone el acento en el carácter histórico (con mayúscula) del movimiento y que niega o minimiza el efecto dinamizador de las transformaciones neoliberales, y el que supone que el zapatismo fue el que propició la polarización en la estructura de conflicto de la zona, al propiciar el enfrentamiento

entre campesinos e indígenas y latifundistas (a éstos, al revés, se les olvida la historia reciente de conflictos en la región).

Finalmente, Olvera, Millán y Hoffmann sostienen que una de las consecuencias más importantes que tienen las reformas estructurales del neoliberalismo y el fenómeno de la crisis en el campo, y que ha sido poco estudiada, es la colonización de la dimensión cultural o simbólica de constitución de las identidades sociales. Para Olvera *et al.*, las transformaciones en las relaciones de producción y en los mecanismos de organización corporativa en el campo han tenido como resultado una separación de los contextos socioculturales en los que los actores sociales se desenvuelven, separación que progresivamente ha llevado a una fragmentación cultural en la medida en que la reserva de experiencias y de símbolos de donde se nutren las identidades ya no responde a los nuevos retos en términos de organización comunitaria, en términos de capacidad de negociación con el Estado y otras organizaciones, y en los de permanencia de prácticas rituales y de identidad locales (las mayordomías por ejemplo).

En el planteamiento de Moguel hay en realidad otra paradoja, la cual puede ser interpretada de forma distinta desde cada modelo. Si uno se sitúa en la perspectiva del primero, la paradoja consiste en que, en contextos de profunda desigualdad estructural y de un Estado fuertemente destructor (como es el caso de Chiapas y el sureste) la explosión organizativa, más que ser síntoma de fortaleza de la sociedad, anuncia más bien una progresiva fragmentación y atomización de esos contextos sociales. La idea es que esa emergencia social es más bien una respuesta defensiva ante la fragmentación de actores sociales más densos o embarnecidos. Muchas de esas organizaciones pequeñas, nuevas y combativas son resultado de escisiones, fragmentaciones o de plano de la desaparición de actores con mayor fuerza de interpelación. Para el otro modelo se trata más bien de lo contrario, puesto que ello denota al menos dos procesos: uno de aprendizaje práctico colectivo, que surge de la crítica y autocrítica de los propios actores sociales. En este sentido, la pluralización de las organizaciones sociales denota un nuevo espíritu de participación social y ciudadana. El segundo proceso implica el ensanchamiento de los espacios públicos y la emergencia de una nueva cultura ciudadana.

En cuanto al zapatismo, Zermeño parece mucho más precavido en lo que se refiere a los potenciales transformadores de la estrategia que el zapatismo ha llevado a cabo desde su surgimiento. Para Zermeño, parece configurarse aún en el zapatismo esta especie de ley de hierro de la mexicanidad, esta incapacidad para consolidar un proyecto y una identidad a nivel local, antes de lanzarse a las alturas de lo nacional. En cuanto a la perspectiva del otro modelo, estaría completamente de acuerdo con la tesis de Harvey.

3. Finalmente, el tercer eje organizador de los artículos del libro, lo constituye el de las transformaciones en la estructura del trabajo y sus consecuencias en el terreno de la acción sindical.

En este bloque descuello el trabajo de Ilán Bizberg, dado que el autor se propone un análisis de las transformaciones que el neoliberalismo mexicano introdujo

en el terreno de las relaciones corporativas, aunque también de sus continuidades. Aunque el autor señala que hay dos modelos con los que el Estado se ha propuesto llevar a cabo la reorganización de los actores sindicales, como punto de partida de una reforma en la estructura de trabajo (básicamente la flexibilización laboral y la productividad) y que son: el modelo corporativo tradicional —tipo CTM— y el modelo más flexible y negociador del “nuevo sindicalismo” expresado en los sindicatos de Telmex y la Volkswagen entre otros; en realidad hay un tercero, y es la desregulación sindical, como lo muestran las maquiladoras. Según Bizberg, antes de hablar de crisis del viejo sindicalismo o de una reformulación neocorporativa, es necesario analizar cuáles son los mecanismos que permiten al Estado mantener altas dosis de control aun en contextos de cambio estructural y de crisis económica. El *quid* del asunto ha sido la capacidad del Estado para combinar tanto elementos de un modelo (el control vertical y personalista de la CTM) como de los otros (la negociación y la apertura controlada a las fracciones opositoras en los sindicatos foristas), y la amenaza constante de desregulación sindical como en las maquiladoras. Así, nos dice el autor, más que cantar réquiems por el viejo sindicalismo en crisis y loas al nuevo sindicalismo, es necesario ver que más que la modernización del sindicalismo como tal, lo que se ha modernizado es el repertorio de mecanismos de control estatal de los sindicatos. Si bien no se puede hablar de un desenlace, lo que sí es cierto es que la función de las estructuras de mediación sindical no ha cambiado: mantener el control de los actores del trabajo.

Junto a ese interesante ensayo se encuentran el de Luis Hernández Navarro dedicado a las transformaciones que ha sufrido el Sindicato de Maestros de la República Mexicana y el de Yolanda Mondragón en torno al sindicato de telefonistas.

El primero mantiene una tesis arriesgadamente optimista: el caso del SNTE —afirma Hernández— es una excepción en el terreno del sindicalismo mexicano, en la medida en que ahí como en ningún otro se construyó un terreno para la convergencia entre las directrices venidas desde arriba (los cambios en las dirigencias magisteriales) y las presiones desde abajo por una mayor apertura. A lo largo del texto se va pronto desdibujando ese panorama optimista para la convergencia entre los de arriba y los de abajo. Sin negar que la estructura sindical del SNTE es, comparada con otros sindicatos, mucho más abierta y flexible y que esto se debió sin duda a las presiones “desde abajo” impulsadas por la CNTE y a una mayor sensibilidad y capacidad de negociación política por parte de la dirigencia central, lo cierto es que, como también reconoce Hernández, la estructura de conflicto no se ha transformado del todo en la medida en que se sigue operando con una regla de juego de “suma-cero”, es decir, de exclusión en la práctica, aunque inclusión formal. Además de ello, Hernández pone poca atención a la relación que mantienen tanto la dirigencia oficial como la CNTE con respecto al Estado, pues mientras una sigue manteniendo relaciones de subordinación, la otra se ha visto obligada a una creciente radicalización.

El trabajo de Mondragón aborda el otro problema planteado por Bizberg. La pregunta que se hace Mondragón es ¿hasta qué punto es posible afirmar que los

sindicatos pretendidamente nuevos sean ejemplo de una reestructuración del sindicalismo, entendida como el paso de un modelo corporativo tradicional hacia uno neocorporativo? La autora analiza los cambios en las formas de liderazgo en el interior de la organización sindical, así como las estrategias de adaptación del sindicato a los nuevos contextos producto de la flexibilización laboral impuesta por el Estado y de la privatización de la empresa telefónica. El resultado es, a decir de la autora, paradójico. La paradoja consiste en que si bien el Sindicato de Telefonistas ha logrado sobrevivir a la reestructuración laboral y a la privatización, en gran parte debido a su capacidad para combinar mecanismos de apertura democrática controlada hacia el interior y capacidad de interlocución y negociación con el Estado, el secreto ha sido la permanencia de un liderazgo fuerte y centralizador (tradicional en ese sentido) representado por Hernández Juárez. En el sindicato se da otra vez la amalgama de lo moderno (la democracia sindical) con lo tradicional (liderazgo centralizador y personalizado).

Después de analizar la emergencia y constitución de esas nuevas experiencias que constituyen los ejemplos más consistentes con los que hoy contamos en el país, la impresión que queda se puede plantear como un dilema: ¿la sociedad mexicana se organiza o se desorganiza? O dicho de una manera mejor, ¿asistimos al inicio de un nuevo ciclo de activación sociopolítica que ha tenido en el zapatismo a su motor principal, o nos enfrentamos con ejemplos que nos muestran, una vez más, el triste panorama de una sociedad que va juntando sus restos sin tener un pegamento, un centro catalizador que los rearticule, que los reintegre a su capilaridad sangrante y anémica?

Zermeño sostiene que si bien el zapatismo pudo haber sido ese catalizador, el tiempo parece jugar en contra de él (y de nosotros). Desde el otro modelo se propone pensar que la ausencia de centro es más bien un síntoma de salud social, de pluralidad y de aprendizaje político. Mientras uno se propone pensar desde el desorden cómo reconstruir el tejido social dañado desde lo local, el otro ve en este proceso la posibilidad de inserción de una sociedad civil más fuerte que poco a poco controle al gobierno y luche a favor de la democracia.

Tanto una visión como la otra tienen su parte de razón. Tanto una como la otra nos permiten ver en las nuevas formas de acción colectiva fenómenos que de otra manera aparecerían opacos. Creo que las dos pueden ser complementarias y que ambas nos permiten una visión integral del problema. La cuestión es ¿se puede responder desde las dos perspectivas a la pregunta que nos hemos hecho en esta conclusión? No lo sé... la moneda está en el aire.

Luis Ernesto López Aspeitia